



Jaume Funes

Psicólogo

adolescencia@jaumefunes.com

Entre la diversidad de personas adultas perplejas que rodean a los adolescentes surgen cotidianamente posturas enfrentadas sobre su educación. En la escuela hay quien piensa que basta con intentar enseñarles algo, aunque ellos y ellas no estén por la labor. Muchos ciudadanos adultos se inclinan por proclamar que los adolescentes de hoy son maleducados e ineducables.

Hace unas décadas que tenemos adolescencia obligatoria y variedad de adolescencias. Conviene

asumir que se trata de una verdadera segunda etapa educativa de la vida. Lo que viene a significar que todavía necesitan a las personas adultas y, a la vez, que las necesitan de otra manera, con otra relación, con otra forma de educar. Se acaba la tutela y comienza la autonomía responsable, pero no la libertad en soledad.

Nuestro desconcierto ante ellos y las crisis que provocan sus formas de ser y aprender (subsidiarias algunas de su inmersión en la sociedad de la comunicación) hacen que proclamemos la imposibilidad educativa o que queramos recuperar viejas glorias de la enseñanza. Vuelven las reclamaciones de la *lógica de la materia*: las mates o la lengua se enseñan como se han de enseñar, sea a adolescentes o a niños. De nuevo discutimos sobre la importancia de los *contenidos* con independencia de su relevancia en la construcción del saber en una persona con derecho a enamorarse. Invocamos el *esfuerzo*, pero no somos capaces de decir si se trata de algo diferente de concentrarse delante de unas páginas. Para justificar suspensos o buenas notas nos embarcamos en la consideración del *mérito* como si fuera igual la adolescencia de quien tiene presente enriquecido y futuro positivo de la quien disfruta lo poco

que puede en el presente y opta por no pensar en un futuro imposible.

Nos iría bien no confundir nuestra crisis de docencia con una supuesta crisis de adolescencia. Podemos y debemos trabajar mucho sobre innovación educativa, pedagógica, didáctica, pero debemos acordar previamente cómo ha de ser nuestra relación educativa (de educación en la escuela a partir de la presencia, la relación, el clima institucional y los aprendizajes) con ellos. Ya no volverán unos «buenos» alumnos (que nunca existieron) ni es demasiado viable pensar pactos sobre la escuela basados en contenidos y autoridades. Sugiero que recordemos cómo son los chicos y las chicas de nuestros pasillos y aulas, y nos pongamos de acuerdo, al menos, en:

- Definir una buena escuela secundaria adolescente. Sabiendo que es su territorio, que en él practican sus adolescencias, que tienen sus deseos de saber, que aprenden de manera singular, que somos más útiles ayudando a integrar conocimientos que concentrándonos en transmitirlos, que...
- Recordar que todo buen adolescente aprende por experimentación, que no puede ser activo en la vida y pasivo en la escuela. Que, para todo, se trata de ayudarlos a adquirir experiencia de su experimentación. Que si su vida es grupo, el acceso al conocimiento y las tareas de aprendizaje no pueden ser puro individualismo.
- Aceptar que fundamentalmente necesitan adultos próximos y positivos. Tutores y tutoras con ganas de hacerlo, educadores de otros sistemas, padres y madres angustiados pero razonables, etc. Construyamos una red razonable de personas que observan positivamente sus mundos, que están disponibles y cercanas para acompañarlos.

Hace unas décadas que tenemos adolescencia obligatoria y variedad de adolescencias. Conviene asumir que se trata de una verdadera segunda etapa educativa de la vida. Nos iría bien no confundir nuestra crisis de docencia con una supuesta crisis de adolescencia.